

Manuel Peña Muñoz

# Los Cafés Literarios en Chile



**AE**  
ARCHIVO  
DEL  
ESCRITOR

 **RIL**  
editores



## XI. RESTAURANTES, BARES Y CAFÉS LITERARIOS DE SANTIAGO

En Santiago hubo grandes bares y restaurantes bohemios como el Club de Canto en Esmeralda, el Amaya, la Guindalera, el Zhum Rein, el Chez Henry, tradicional con sus manteles blancos frente a la Plaza de Armas o el Bar del Hotel City con sus paredes enchapadas en nogal y hermosa forja de estilo Art Decó.

Otro restaurant famoso entre los escritores fue el Hércules de la calle Bandera por donde pasaron Pablo Neruda, Julio Barrenechea, Rosamel del Valle, Alberto Rojas Jiménez y tantos otros. Aquí, en 1931 se festejó al escritor español Ramón Gómez de la Serna, autor de las famosas greguerías, de visita por Chile. Una fotografía de 1933 muestra a un grupo de artistas, pintores, periodistas, poetas y escritores en una fiesta del mítico Restaurant Hércules, bajo dos letreros que dicen: "Tallarines especiales a \$1 el plato" y "Caracoles Hércules a \$1 el plato". Están en el grupo, Eduardo Rodríguez Mazer, Abelardo Bustamante, Homero Arce, Carlos Dallens, Alberto Rojas Jiménez, Tomás Lago, Pablo Neruda, Renato Manester, entre otros. Todos ellos con las servilletas anudadas en la cabeza, con el singular humorismo de la época.

Igualmente mítico fue el bar y restaurant El Jote, de la calle San Pablo donde estuvieron hablando de libros junto a una botella de vino, Humberto Díaz Casanueva, Luis Enrique Délano, Hernán del Solar, Ángel Cruchaga Santa María, Andrés Silva Humeres y tantos otros...

### El Restaurant La Bahía

Uno de los restaurantes más famosos de Santiago fue La Bahía, muy elegante, en Monjitas al llegar a San Antonio, lugar de reunión de escritores que gustaban de la buena mesa. Fue fundado en 1922 por los hermanos Tort y cerró sus puertas en 1963.

Por aquí pasaron los escritores Ricardo Latcham, Julio Barrenechea, Hugo Silva, Joaquín Edwards Bello, Luis Durand, Francisco Coloane, el periodista Tito Mundt, el dibujante René Ríos, Pepo, creador de *Condorito*, y el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, entre muchos otros.

Pablo Neruda solía venir aquí a degustar la famosa sopa de tortuga que era la especialidad de la casa. En el frontis había un

gran acuario de donde sacaban vivas las ranas para asarlas o freírlas delante del comensal. También las tortugas estaban vivas caminando con un letrero en su caparazón indicando la fecha en que iban a ser sacrificadas.

El restaurant llegó a tener doscientas personas trabajando y diez *barman* en la barra. Los mozos estaban impecablemente vestidos con *smoking* negro de solapa roja en tanto que el *maître* llevaba la solapa negra de raso. Las bebidas tradicionales eran el Borgoña con frutilla y el colemono. El Restaurant tenía incluso servicio de peluquería y el menú estaba escrito en castellano e inglés.

Aquí traían a almorzar a las visitas extranjeras para mostrar el alto nivel de los restaurantes en Chile. En La Bahía estuvieron cenando Clark Gable, Walter Pidgeon, Tyrone Power, Jorge Negrete, Cantinflas y tantos otros.

Entre los contertulios del Restaurant La Bahía estaba el escritor del río Maule, Mariano Latorre, autor de *Zurzulita*, que a veces llegaba con una hermosa *lady crooner* nacional llamada Dixie Lane del barrio de Recoleta. La hermosa mujer, mucho más joven que él, no era otra... que su propia hija Mirella Latorre, conocida actriz de radioteatro, formando pareja artística junto al actor Marcelo Gaete y figura estelar de la televisión chilena durante los inicios de los años setenta. A consecuencia del Golpe Militar y tras la muerte de su esposo Augusto "Perro" Olivares, el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda, que formaba parte del Grupo de Amigos Personales (GAP) del presidente Salvador Allende, la actriz se exilió en Cuba.

Era la época de las cantantes de voz aterciopelada que cantaban en los restaurantes, elegantemente vestidas ante el micrófono, animando las veladas. Mirella Latorre cantaba en el Restaurant Tráfico que estaba en la calle Merced junto a la orquesta de Lorenzo D'Acosta. Otras *lady crooner* de la época fueron las actrices Kerry Keller que cantaba en inglés, Malú Gatica y Matilde Broders, todas ellas de hermosa y melodiosa voz.

## La Peña de Medel

También se destaca a fines de los años cuarenta La Peña de Medel situada en un subterráneo que quedaba en Ahumada antes de llegar a Huérfanos, a donde solía acudir el poeta Andrés Sabella, "ese maravilloso gnomo de la noche santiaguina de los años 30 y 40" como lo define Alfonso Calderón.

Los dueños de este lugar eran Sergio Briceño Werner y el "ciego" Medel que recitaba poemas de Gabriel y Galán, el actor Joaquín

Dicenta y el escritor Víctor Domingo Silva, autor de la novela *Golondrina de invierno*.

Parroquiano habitual de la Peña de Medel fue Augusto d'Halmar que acudía siempre altivo, arrebuñado en su capa de Castilla, con su pelo plateado y su hablar imponente.

Allí, en ese ambiente españolizante, fantaseaba sobre sus viajes por el Oriente y sus correrías por los cafés bohemios de España, especialmente por Andalucía donde ambientó en 1923 su libro *Pasión y muerte del cura Deusto*, audaz novela para su época acerca de un sacerdote enamorado de un muchacho, a quien nombra su monaguillo.

D'Halmar contaba, con gran capacidad de inventiva, cómo era inmensamente famoso en España, donde había recibido grandes homenajes, siendo entrevistado en las principales revistas literarias de Madrid. Se decía amigo de reyes, de príncipes, de grandes escritores y hasta de Amado Nervo. Incluso leyó una noche un soneto en honor suyo escrito por Rubén Darío, aunque en realidad lo había escrito él mismo con gran sentido de la emulación literaria.

## El Pimpilnpuasha

Pocos saben que esta curiosa palabra significa “mariposa” en lengua euskhera. Efectivamente, este restaurant de origen vasco abrió sus puertas en los años 40 en la Galería Imperio del centro de Santiago. Allí concurrían a comer la insuperable comida española y a conversar de arte y literatura los escritores y teatristas de la bohemia santiaguina, entre ellos Mariano Latorre, Pablo Neruda, Pablo de Rokha, Silvia Piñeiro, Malú Gatica, Raúl Matas y periodistas como Luis Hernández Parker.

Su propietario Mauricio Sanza señala recordando la bohemia de aquellos años: “Era un lugar de encuentro de la intelectualidad, de gente que soñaba con un país nuevo”.

Posteriormente se trasladaron a la calle Matías Cousiño y actualmente funcionan en la calle Isidora Goyenechea, en el barrio Oriente. La calidad de la comida española se ha mantenido, pero hoy día no tiene ya el carácter literario que tenía en sus comienzos.

## Un almacén literario

También hubo “picadas”, marisquerías “casas de cena” y hasta almacenes literarios como el que existía en el otro extremo de San-

tiago, en la Plaza Yungay, donde los poetas se reunían en un viejo negocio de abarrotes y frutos del país a conversar de sus versos.

Testimonio de estas reuniones literarias lo da Monseñor Fidel Araneda Bravo, que era párroco en esos años de la vecina iglesia de San Saturnino. Al término de los oficios, el religioso se trasladaba desde la sacristía al emporio del italiano de la esquina, para deparar con un trozo de buen queso y salame con los amenísimos conversadores de la tertulia literaria del almacén de don César Rosseti, entre ellos Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello.

El almacén estaba situado en la esquina norponiente de la calle Catedral con Libertad y acudieron a conversar sus contertulios de dos siglos, músicos, escritores, militares y políticos. Entre los músicos del siglo XIX estaban don Eusebio Lillo, autor del himno nacional y el violinista colombiano José María Solano. Entre los militares acudían el general Estanislao del Canto y el general Diego Dublé Almeida.

Entre los políticos, Malaquías Concha y tantos otros que hablaban en torno a la revolución del '91 que costó la vida al presidente Balmaceda. Durante el siglo XX, la tertulia en el viejo almacén se prolongó hasta el año 1962 en que cerró sus puertas al morir don César Rosseti, el vecino más prominente del barrio Yungay.

## La vida bohemia de los años sesenta

La época de los *hippies* trajo consigo una revalorización de la vida natural y del "amor libre". En Chile se pusieron de moda la ropa artesanal de Chiloé, los muebles de palo quemado llamados "fraileros" y los recitales de música con quenas y charangos.

Los poetas acudían con poncho a la carpa de Violeta Parra a beber vino caliente con naranja mientras escuchaban canciones recopiladas en el campo. Era la época de los antipoemas de Nicanor Parra, de los movimientos estudiantiles, de las huelgas y de la efervescencia de la política bajo el mandato del presidente Eduardo Frei Montalva con grandes cambios sociológicos que iban a devenir en el gobierno del presidente Salvador Allende. Era también la época de las "peñas folklóricas" donde se cantaban "canciones protestas" y se escribían libros y poesía "comprometida".

Poetas y narradores de barba, pelo largo y pantalones "pata de elefante" frecuentaban los "bajos fondos" para captar ambientes y escribir directamente de la realidad. Algunos iban a tomar chicha y vino tinto de garrafa a La Piojera de la Estación Mapocho, entre ellos el pintor Pacheco Altamirano y Francisco Coloane, a empaparse de chilenidad.

La vida bohemia y noctámbula era intensa en Santiago y provincias. Había tiempo para “guitarrear”, una palabra que estaba de moda porque siempre en los grupos había alguien que sabía tocar guitarra y entonar canciones del repertorio chileno y latinoamericano.

## El cineasta Raúl Ruiz en El Parrón

El cineasta Raúl Ruiz dejó constancia de esta vida de bares bohemios de la década del sesenta en su película “Tres tristes tigres” basada en una obra de teatro de Alejandro Sieveking. La película, interpretada por Shenda Román, Jaime Vadell y Nelson Villagra, es una descarnada visión de la vida nocturna santiaguina a través de unos personajes decadentes que sueñan, conversan, cantan viejos tangos y se emborrachan de bar en bar.

Raúl Ruiz conocía bien estos ambientes tan propios de la época. Una vieja fotografía muestra al cineasta en el antiguo Restaurant El Parrón de Santiago, conversando en una mesa con Carlos Olivares, Mariano Aguirre y Jorge Teillier, sus tres amigos ya desaparecidos.

Raúl Ruiz recuerda con nostalgia: “Era otra época, más pobre quizás, más desvalida. Pero éramos capaces de estar conversando de libros y películas en un bar toda una noche simplemente con una cerveza y un pan con ají”.

El Restaurant El Parrón fue emblemático de la vieja bohemia santiaguina. Tenía ambiente con su ruido de mesas de cacho y su parrón frondoso del que pendían racimos de uva de cristal. En los años ochenta declinó y cerró sus puertas, pero a fines de la década de los noventa fue reabierto y recuperado para la tradición noctámbula de Santiago con el mismo ambiente de antaño. Frecuentan este restaurante novelistas y críticos, entre ellos, Poli Délano y Antonio Avaria.

## El Café Sao Paulo

Poli Délano se juntaba todos los sábados a mediodía con Rolando Cárdenas, Jorge Teillier y otros poetas en el famoso Café Sao Paulo de la calle Huérfanos que tenía una atmósfera de los antiguos y clásicos cafés madrileños.

En el Sao Paulo se reunían a jugar ajedrez los poetas Braulio Arenas y Eduardo Anguita. También acudían José Ricardo Mora-

les (ajedrecista también), Enrique Lafourcade, Claudio Giaconi y Pablo García que conversaban un café antes de ir a almorzar al famoso Café Miraflores.

Testimonio de este ambiente lo brinda el escritor Luis Sánchez Latorre quien señala: “En el Café Sao Paulo se conversaba mucho, se hacía la crítica oral de las nuevas obras literarias, de los estrenos teatrales y de las exposiciones plásticas”.

Entre los contertulios del mediodía en el Sao Paulo, estaban Enrique Moletto, Enrique Lihn, Stella Díaz Varín, Ximena Adria-sola, Gabriela Garfías, Gabriel Carvajal, Jorge Onfray Barros, Dá-maso Ogaz, Reginaldo Vásquez, Jaime Laso, Armando Cassigoli, Helio Rodríguez, Teófilo Cid, Martín Cerda y muchos otros.

Sánchez Latorre agrega: “El Sao Paulo contribuyó de veras a mantener viva la institución de la tertulia”.

## El Café Cantina de la Sociedad de Escritores

También en esta época los escritores se reunían en un café-cantina habilitado en el garage de la Sociedad de Escritores de Chile, en la calle Simpson 7, en el barrio de la Plaza Italia. El pequeño bar, ideal para conversar de poesía en torno a una botella de vino, fue creado gracias al apoyo de la Embajada de México. Debido a ello, fue bautizado como “Refugio López-Belarde” en honor al gran poeta azteca.

Pablo Neruda era uno de los conversadores más frecuentes del refugio e incluso, una noche, escribió de su puño y letra en una de las paredes un verso de López-Belarde: “Mi corazón leal se amerita en la sombra”. Lamentablemente, con el tiempo se borró y por diversas razones, no pudo ser restaurado.

Los poetas que frecuentaron esa bohemia de la calle Simpson recuerdan con nostalgia, el cálido rincón para charlar, ya que estaba decorado con artesanía mexicana e incluso la vajilla estaba marcada con el nombre del poeta.

Muchas veces, a la salida, se pasaban a la “Casa de Cena” situada enfrente a la Sociedad de Escritores donde muchas veces acudían a comer un plato los autores después de las reuniones. Allí compartían Luis Sánchez Latorre, Isabel Velasco, Jaime Quezada, Floridor Pérez, entre muchos otros.

## El Café de Miguel Arteche

Es el año 1963. El poeta Miguel Arteche publica su libro de poemas *Destierros y tinieblas*. Inspirado en un restaurante, escribe un soneto. Y luego otro, en un viejo café:

*Sentado en el café cuentas el día  
el año, no sé qué, cuentas la taza  
que bebes yerto; y en tu adiós, la casa  
del ojo, muerta, sin color, vacía.*

*Sentado en el ayer la taza fría  
se mueve y mueve, y en la luz escasa  
la muerte en traje de francesa pasa  
royendo, a solas, la melancolía.*

*Sentado en el café, oyes el río  
correr, correr, y el aletazo frío  
de no sé qué: tal vez de ese momento.*

*Y en medio del café queda la taza  
vacía, sola, y a través del asa  
temblando el viento, nada más, el viento.*

## El Café Concert

El primer Café Concert en Chile se desarrolló en la década del cincuenta con el cineasta José Bohr, director de muchas películas chilenas de los años 40, entre ellas “Flor del Carmen”, “Bajo un cielo de gloria” y “La dama de las camelias” (recientemente restaurada) con la actuación de Ana González, la *Desideria*.

José Bohr había visto esta modalidad en Estados Unidos y Europa y decidió aplicarla a la realidad chilena. Fue así que estrenó un espectáculo unipersonal en el Restaurant Santiago que estaba situado en la calle Huérfanos con Bandera. La obra musical de carácter breve establecía un contacto directo con el público, mientras el actor cantaba sus canciones más populares, dialogaba y narraba impresiones personales de sus viajes y filmaciones.

Para el Santiago de ese tiempo era una novedad el hecho de tomar un café o un *cocktail* presenciando a la vez una obra de teatro.

La idea la retomó en los años sesenta el conde polaco Raul Malachosky, de gran trayectoria en la bohemia artística y conocedor del género del Cabaret y Café Concert europeo. Malachosky fue además un gran pintor, decorador y escenógrafo, y a él se deben los famosos murales del Teatro Cariola que representan escenas históricas relacionadas con el teatro.

El Conde Malachosky fundó la Compañía de Café Concert *Le Chat Noir* en 1960 junto a Marilú Martín y Alex Milicevicz, presentando espectáculos que combinaban la música de opereta, los diálogos humorísticos y la participación del público, sentado en mesas bebiendo un café o un trago.

El Café Concert *Le Chat Noir* fue un semillero de artistas de este género teatral, formándose actrices como Rosita Salaverry y actores como Jorge Rebel que destacarían en espectáculos de esta índole en los años sesenta y setenta.

En 1982 el Conde intentó resurgir el Café Concert *Le Chat Noir* con un espectáculo titulado *Te espero en el Ritz* que se desarrolló en el Ristorante El Candil de la calle Merced, con las actuaciones del propio Conde, Eliana Bregaro y Bruno Rocha, entre otros. Pero ya el género había caído en desuso.

El Café Concert tuvo su auge a comienzos de los años 70, con las actrices Isabel Sunnah, Violeta Vidaurre y Liliana Ross, quienes actuaron en la obra *Ellas* dirigidas por Miguel Frank, presentada en el Restaurant Di Trevi en El Bosque.

En este contexto surgió el Teatro El Túnel en la calle Merced. Era un Café Concert de gran jerarquía por su decoración, su ambiente y la calidad de las actuaciones. Aquí Eugenio Guzmán dirigió *Las Criadas*, de Jean Genet, que causó impacto en su tiempo. Era la primera vez que el público de Santiago veía una puesta en escena de gran calidad artística no en una sala convencional sino en un espacio circular en una vieja casona. Actuaban Tomás Vidiella, Alejandro Cohen y Pina Brandt en geniales caracterizaciones, especialmente las de los actores en papeles de criadas.

## La Fuente de Soda Il Bosco

Uno de los lugares con mayor tradición bohemia fue Il Bosco en la Avenida de las Delicias al llegar a Estado, lugar de reunión de gente de teatro, periodistas, poetas y una nutrida y variada "gente de ambiente".

El restaurant –que incluía fuente de soda y comedores– fue inaugurado en 1947 por los italianos Luis Bosco y Luis Gianerini que tenían farmacia en Valparaíso.

Al parecer, el cambio de giro les favoreció porque al poco tiempo, Il Bosco comenzó a ser un local muy concurrido, especialmente por artistas y escritores de la generación del cincuenta, entre ellos Enrique Lafourcade, Luis Sánchez Latorre, Fernando Alegría, Alfonso Calderón, María Elena Gertner, Stella Díaz Varín, “La Colorina” y tantos otros que departían hasta la madrugada, conversando de arte, política y literatura...

La época de oro de Il Bosco fueron los años cincuenta y sesenta cuando acudía una multitud de seres variopintos y se mezclaban en alegre convivencia escritores, poetas, actores, cómicos y vedettes del Bim Bam Bum que actuaban en el Teatro Opera. Era un tiempo en el que había tiempo para compartir y para la convivencia humana, unos años en que se preciaba mucho la palabra y la comunicación a flor de piel.

Il Bosco era eso precisamente: el símbolo de la camaradería de los artistas y bohemios del viejo Santiago que departían hasta muy tarde bebiendo vino y cerveza mientras sonaban a lo lejos las canciones de Cecilia:

*Me siento sola... sola... sola...  
como una ola  
en un mar de gente  
indiferente...*

Todo ese tiempo precioso se fue en la época militar y el tradicional Il Bosco cerró sus puertas en 1984 cuando el estilo de vida cambió en Santiago y las costumbres fueron otras.

## Los Cafés universitarios

Desde siempre, los universitarios se han reunido después de clases a tomar un café para conversar de las clases y departir con sus iguales. En tiempos pasados, el Café Glanz en Bandera esquina San Pablo era el preferido de los estudiantes de Medicina.

En los años sesenta, fue famosa una Fuente de Soda en la Alameda, en donde se juntaban los jóvenes universitarios a hablar del “hombre nuevo” y de los cambios sociales y políticos que se estaban produciendo en el país.

Esta Fuente de Soda se llamó Indianápolis en Alameda al llegar a Arturo Prat. A ella llegaban siempre a tomar “un café puro en taza grande” los alumnos del Instituto Nacional interesados en el arte de la representación teatral, los libros y la política. El escritor Carlos Cerda evoca esta atmósfera en su cuento “Iniciación”.

## El Quitapenas

Un bar literario ha sido el Quitapenas a la salida del cementerio donde deudos y escritores han dado rienda suelta a la imaginación, los recuerdos y la añoranza del amigo escritor que acaban de sepultar. Unas excelentes y oportunas fotografías de Julia Toro registran precisamente al poeta Jaime Quezada compartiendo copas y poesía con amigos en el mítico Quitapenas, luego de los funerales del joven poeta Armando Rubio, en diciembre de 1980, y también al poeta Jorge Teillier en el mismo momento hablando por teléfono quizás a la eternidad.



*El poeta Jaime Quezada en el bar El Quitapenas, a la salida del cementerio, después de sepultar al joven poeta Armando Rubio. Fotografía de Julia Toro.*

## Bar La Unión Chica

Otro restaurant y bar clásico de los poetas fue el Bar La Unión Chica, en la calle Nueva York del centro de Santiago, que frecuentaba el poeta Jorge Teillier. Este poeta sureño y “lárlico” que redescubrió la olvidada provincia, acudía frecuentemente allí con escritores y amigos, intercambiando con ellos versos y poesía al calor de una botella de vino.

A comienzos de los años 80 se reunían allí “a matar el tiempo” los escritores Ramón Díaz Eterovic, Rolando Cárdenas, Germán Arestizábal, Álvaro Ruiz, Carlos Olivárez, Aristóteles España, Juan Guzmán, Eduardo Molina Ventura, el “Chico Molina” e Iván, el hermano de Jorge Teillier que escribía también poesía con el seudónimo de I. A. Stern. Sus cuentos reflejaban también la atmósfera desencantada de la provincia que aparece sugerida en los poemas de Jorge Teillier.



*Fachada del Bar y Restaurante La Unión de la calle Nueva York 11, donde se reunían Iván y Jorge Teillier, Rolando Cárdenas, Ramón Díaz Eterovic y otros escritores, a comienzos de los años ochenta.  
Fotografía de Guillermo Palma.*

En el Bar de la Unión Chica se idearon proyectos literarios como la antología *Nueva York II*, alusión a la dirección del bar, gestionada por Carlos Olivárez y que luego publicó Hugo Galleguillos de la editorial Galinost. También se creó aquí la revista *La Gota Pura*, que editaba de manera más o menos artesanal la poesía de autores marginales y de la provincia.

En un tiempo de toque de queda, el Bar de la Unión Chica fue un reducto de camaradería y amistad, un lugar para la conversación franca y la poesía.

De todo este ambiente quedó el registro en la bitácora poética que llevaba Jorge Teillier y que fue encontrada tras su muerte en su casa de La Ligua.



*Los poetas Rolando Cárdenas, autor de "Tránsito Breve",  
e Iván Teillier departiendo copas de vino y poesía  
en el Bar de la Unión Chica, hacia 1989.  
Fotografía de Leonora Vicuña.*

Acudían también al Bar de la Unión Chica el profesor de filosofía Juan Guzmán Paredes, el poeta Roberto Gallegos y el escritor y músico Enrique Valdés, oriundo de la Patagonia y autor de las excelentes novelas *Ventana al sur* y *La Trapananda*, alusión esta última a su territorio de infancia. Junto con recordar su niñez en la provincia, tema común del grupo, Enrique Valdés andaba siempre con sus partituras de música ya que interpretaba el violoncello en la Orquesta Sinfónica de Chile. Con posterioridad viajó a Estados Uni-

dos y tras permanecer allá durante varios años, regresó a vivir a su Coyhaique natal.

La única mujer aceptada en el grupo era la escritora y fotógrafa Leonora Vicuña, hija de los poetas José Miguel Vicuña y Eliana Navarro. Con posterioridad, la artista viajó con su cámara fotográfica a París en busca de mejor destino.

De vez en cuando se veían también los escritores Francisco Coloane, Gonzalo Rojas, Jaime Gómez Rogers, Mario Ferrero, Marino Muñoz Lagos, Emilio Oviedo, Gonzalo Drago y tantos otros que hablaban de poesía, política, filosofía y libros en torno a las botellas de vino.



*Calle Nueva York desde las puertas del Bar la Unión Chica, lugar mítico de camaradería poética en torno a la figura de Jorge Teillier, a comienzos de los años ochenta.*

*Fotografía de Julia Toro.*

Ramón Díaz Eterovic, asiduo del Bar la Unión Chica, escribe con melancolía, recordando esos años ochenta: “Los poetas y escritores de entonces rara vez nos encontramos en el bar, aunque a veces la nostalgia nos obliga a cruzar sus puertas. Dicen que al bar llegan otros poetas, atraídos por la leyenda o que la bohemia en la era del libremercado se ha trasladado a *pubs* y lugares recubiertos de acrílico. Hoy, que he retornado al bar, en una copa de vino recobro las viejas voces amadas. Brindo, porque gracias a la Unión Chi-

ca, sobrevivimos. Como en una estación ferroviaria esperamos tras de sus puertas a que el tren nocturno se alejara. Quedamos heridos, pero aprendimos a vivir y a saber, como nos enseñó Jorge Teillier en uno de sus poemas, que escribimos ‘para los hermanos que afrontan la borrachera y a quienes desdeñan los que se creen santos, profetas o poderosos’”.

También Jorge Teillier acudía al Restaurant Los Cisnes en la avenida Macul, en cuya terraza interior, tras los cristales, se reunía a beber con los amigos poetas. Un poema suyo recuerda las noches de conversación, poesía y vino en Los Cisnes.



*Un café para iluminar las ideas.  
Instalación de Víctor Mira, 1985.*



*Tradicional Café Las Lanzas en la Plaza de Ñuñoa  
donde se reúnen universitarios, poetas y teatristas.  
Al fondo, a mano derecha, una lectora solitaria disfruta de un libro.  
Fotografía del autor.*



*El escritor y dramaturgo Jorge Díaz sentado en la terraza del  
Café Tavelli de Providencia, metamorfoseado en pez.*

*Fotografía de Luis Poirot.*

*Arreglo fotográfico "no autorizado" de Cristián Silva.*